

Nos dieron en la madre

Luego de la debacle del 98 me había jurado a mí mismo no volver a verla jamás. Pero ahí estaba, aterrizando de nuevo en el Aeropuerto Internacional a bordo de un Boeing 767, mirando por la ventana hacia el horizonte y sintiendo la melancolía, reviviendo las razones de mi viaje. Al descender, mi primer instinto fue buscar un taxi. El vehículo se detuvo al hacerle la señal. Cuando miré al retrovisor, noté que mi conductor era latino. Por alguna razón y pese a mis oscuras gafas podría jurar que compartió la misma impresión que yo al verme. Me sonrió, y sin siquiera un saludo, soltó una expresión cargada de un aire de superioridad que en un principio me desconcertó: “Les vamos a dar en la madre”. En mi inglés que hacía rato no usaba y con la finalidad de “hacerme el gringo” a lo que hacía unos segundos me había expresado aquel bigotón, lo saludé e indiqué con frialdad la dirección de mi hospedaje. Mi chofer de turno volvió a sonreír y sin chistar me trasladó a nuestra vieja casa familiar, que por ese entonces se encontraba rentada a los Cruz, quienes llevaban en este país ya varios años.

Cuando traspasé el umbral de la puerta noté lo cambiado de la vivienda que por algunos años fuera mi hogar; dejé atrás mi inglés y las gafas que me protegían del mundo exterior. Los Cruz me recibieron con una familiaridad que me sorprendió; me saludaron como si me conocieran desde siempre. La llamada de mi

padre recomendándoles a “su muchacho” había surtido el efecto deseado. Sin embargo, la primera conversación con don Facundo no resultó precisamente agradable para mí. No indagó acerca de mi familia ni de mi viaje; en lugar de eso, comenzó a hablar de ella. La recordó vívidamente, destacando sus logros en un momento en que, en contra de todas las expectativas, estaba en la cúspide de su éxito. A pesar de mi juramento de olvidarla y no volver a sufrir por nimiedades, ya tenía conocimiento de sus recientes hazañas. Había visto su imagen en las páginas de un diario y había oído a los periodistas hablar de ella en la radio y la televisión. Era la sensación del momento... y yo, que me había jurado a mí mismo dejarla en el pasado.

Intenté disimular mis emociones y con dificultad cambié de tema. No obstante, el hombre obeso y astuto clausuró de inmediato nuestra conversación. Sonriendo pícaramente, me dijo con una seguridad intrigante: “No te hagas güey, el domingo les vamos a dar en la madre...”. Sus palabras resonaron en mis oídos como un presagio misterioso y su sonrisa me dejó con una inquietud cargada de inquina que no pude ignorar.

El agotamiento del viaje me sumió en una noche en la que apenas pude degustar un par de tortillas fritas y una enorme bebida llena de hielo que me supo a maíz y chocolate, dulce y ácida a la vez, perfecta para la sed que traía. Todo lo que ahora deseaba era el abrazo de Morfeo y el olvido. Al despertar, como buenos latinos, me instaron a acompañarlos a la fiesta de cumpleaños de un amigo. Decidí ir, total no tenía nada que hacer. Al llegar me recibió una casa impregnada del incesante pero agradable sonido de mariachis y banda. Conocí a los García, gente amable; me ofrecieron de todo,

abundaban los tacos, el tequila por aquí y el mezcal por allá. Lo estaba disfrutando mucho, me sentía uno de ellos hasta que el señor García, en medio del jolgorio y con un buen traspies de licor en su haber, llegó con uno de los regalos que había recibido aquella tarde: una playera con lo que para ellos eran colores sagrados. Sin ningún respeto ni pudor empezó a enrostrármela, no sé si buscando burlarse de mi origen o queriendo recordármela a ella. A pesar de mi sonrisa hipócrita, una creciente incomodidad se apoderaba de mí ante el cúmulo de situaciones que empezaban a fastidiarme.

Lo evoco con claridad. El 28 de julio opté por buscar auxilio divino para los próximos tres meses que mi estadía en esta nación habría de abrazar. Tenía presente que la Iglesia de San Antonio de Padua se alzaba no demasiado lejos. Ofrecían misa en español e inglés. Caminé veinticinco minutos por el El Monte Busway Toll Road y allí me encontré con la capillita de mi juventud, llegué justo a tiempo. La comunidad era fervorosa. Después de la celebración, el sacerdote emitió los habituales anuncios parroquiales, dio la bendición y con un acento más azteca que las enchiladas preguntó: “¿Quiénes están al cien para mañana?”.

Un rugido estremecedor brotó del 99% de los feligreses, parecía una arena de batalla enardecida al salir de los gladiadores; incluso el grito fue más apasionado que los cánticos que habíamos entonado durante la ceremonia. No hicieron sino recordármela una vez más. Crucé una mirada desafiante y a la vez jocosa con el religioso y salí de allí, fastidiado y a la vez envalentonado, ya poco me importaba el juramento. Estaba resuelto: “¡Al día siguiente, volvería a verla!”. En gran medida gracias a esos “cuates” que, desde mi regreso a esta tierra, no cesaron de recordármela.

Llegó el 29 de julio, 4: 20 p. m. hora de Bogotá. Me senté en una silla aparte, pero en la misma sala con los Cruz. El televisor ya estaba encendido, la tensión era total, apenas cruzábamos palabras, pese a que yo estaba agradecido por todas sus atenciones. Al fin llegó el momento, cinco minutos de espera y volví a verla, al menos por televisión... el enojo por sus fallas de los últimos tres años se me pasó, le guardaba cariño y ahí estaba ella, con el clásico color amarillo que tanto me gustaba, y yo volvía a sonreír, solo esperaba que no me hiciera pasar de nuevo una vergüenza.

El sufrimiento y las dudas clásicas en estas instancias se apoderaron de mí. No quise recibir el tequila que estaban tomando los Cruz para pasar la ansiedad. Estoy seguro de que, pese a que permanecían sonriendo, estaban peor que yo, lucían muy asustados. El tiempo transcurría y todo seguía igual. De repente, en el minuto 65, un salto del 2 y “al fondo de las piolas”; me levanté de la apartada silla que se fue al suelo con el brinco, y como un desahogo por la presión de los días anteriores, grité el tanto, seguido de un madrazo monumental que se debió escuchar por todo Los Ángeles. Finalizó el tiempo y la euforia vivía dentro de mí, parecía que se me iba a salir el corazón, “la sele” estaba de regreso.

Ahora era yo quien levantaba la copa de tequila que antes había rechazado, y ellos, aunque lejos de allí, también alzaban la Copa. Yo estaba de visitante, y ellos de locales, pero celebrábamos juntos. Pensé, con nostalgia y por un instante, en la alegría y la fiesta que se debían vivir por esas horas en mi tierra.

Pasaron ocho días, iba un poco tarde, por eso decidí tomar un taxi. Le dije en español al chofer “Buen día, a la Capilla de San Antonio de Padua”, con tal suerte de que era el bigotón, que queriendo

“hacerse el gringo” solo atinó a decir con frialdad “Ok míster”. En menos de cinco minutos estuve en la iglesia, ya el ambiente no era tan festivo, más bien parecía de funeral. Terminó el oficio religioso, dieron los anuncios parroquiales y llegó la bendición. Esperé a que las típicas señoras beatas saludaran y se despidieran del padrecito. Crucé una mirada desafiante y a la vez jocosa con el cura. Antes de que yo dijera algo, él soltó una expresión cargada de un aire de resignación: “Órale güey, nos dieron en la madre”.

Emir Giovanni Torres Torres
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.